

IPPOLITO NIEVO

*El barón de Nicastro*

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA





# El barón de Nicastro

Grandes Clásicos

Ippolito Nievo

# El barón de Nicastro

Traducción de Gian Luca Luisi



Primera edición: febrero de 2015

Título original: *Il barone di Nicastro* (1860)

© de la traducción del texto y de las cartas: Gian Luca Luisi, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-943026-8-8

Depósito Legal: M-4253-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Diana Labrador Muñoz

Motivo de la cubierta: *Retrato de Giuseppe de Toppo*,  
Giuseppe Tominz, 1835

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# El barón de Nicastro



Hace ya un siglo, Jean-Jacques escribía que Córcega era la tierra más virgen de Europa. Sin embargo, más tarde, la herencia de tan importante privilegio, cuando los franceses se adueñaron de ella de manera furtiva, fue conferida, acogiéndose al beneficio de inventario, a su hermana Cerdeña; y, tal vez, esta esperó animar, de esta manera, a los pretendientes, que ahora es cuando empiezan a sentirse atraídos por ella. Por otro lado, en los tiempos de los que hablo, la virginidad de Cerdeña aún no corría tales peligros; en cambio, de Cagliari a Sassari su prole inquieta vivía en la oscuridad de todo eso como un devoto auditorio bajo la carpa de un predicador: creían en Dios, en algunos santos y en todas las brujas de la tragedia, y se apuñalaban entre ellos con sorprendente facilidad sin que los parientes de ultramar supieran nada ni tuvieran interés en ellos.

Tengan presente que yo no estoy hablando del siglo pasado, sino de hace nueve o diez años solamente. Sin embargo, como la Trinacria Ciclóptica, cuando desembarcó Ulises; Tahití, cuando llegó Cook, y el Japón de hoy en día, así era la Cerdeña de aquellos años. ¡Años dichosos!

# I

**E**xactamente por aquel entonces, en el más salvaje juzgado<sup>1</sup> de la isla, vivía el barón Camillo de Nicastro; y, a pesar de aquellos dulcísimos tiempos, se podría decir que vivía todo, menos feliz. Su castillo, en comparación con lo que era el pueblo, aparecía grande y suntuoso; las torrecillas no oscilaban encima de él con demasiado cariño, ni las palomas temían apoyarse en las goteras; la escalera tenía casi todos sus peldaños, y solo dos ventanas estaban perdiendo sus postigos; por otra parte, todos los bosques, todas las montañas, todos los campos que se podían divisar desde la más alta buhardilla engrosaban la baronía de Nicastro, y los antepasados remotos, por avaricia, por orgullo o por pereza, habían legado a su último vástago un arca colmada

---

1. Antigua subdivisión política de la isla. (*Todas las notas son del traductor.*)

hasta el borde de bonitas monedas: de las amarillas, de las que no sufren ni herrumbre ni vetustez.

Finalmente, el árbol o, mejor dicho, la selva genealógica, que cubría con sus ramas en espaldera todas las paredes de la sala, confiaba en los sesenta y cuatro cuartos de ese precioso vástago; lo que significaba que, casi doscientos años antes, sesenta y cuatro vejestorios de ambos sexos se habían rebajado a llevar a cabo cierta actividad plebeya para condensar sus eximias virtudes en treinta y dos hijos o hijas, y estos, en dieciséis nietos, y estos, en ocho biznietos, y estos, en cuatro entre hijos o hijas de biznietos, y estos, en dos nietos de biznietos, y estos, por último, en el biznieto de los biznietos, es decir, en el barón Camillo, quien reunía en sí el goteo vital de ciento veintiséis barones y baronesas, si no me equivoco; sin embargo, intenten sumar ustedes, ya que la parte aritmética de mi alma reside en los dedos, y yo no me fío de ellos en absoluto.

A pesar de todo, repito, el barón no era feliz, y sus propios antepasados, que para forjarlo de este modo tan exquisito habían sudado la gota gorda, eran la causa de sus suspiros. Piensen, incluso, que el escudo de armas de los Nicastro era una balanza en fondo rojo con el lema cabalístico: «Pesar y Pensar», a cuyas palabras un lejano y hechicero progenitor suyo había adaptado una opinión personal: que nadie de la familia pudiera jamás inmiscuirse en las

cuestiones de los hombres sin antes haber buscado y conocido el valor de las mismas. Así, todos, de padres a hijos, habían obedecido con rigor este dictamen gentilicio; y, así, todos habían muerto en su propio nicho justo cuando creían que estaban a punto de tocar las arduas cimas de aquella ciencia. No sabría decir con exactitud a qué conclusiones había llegado cada uno de los antepasados de nuestro barón cuando la muerte llegaba a poner la palabra fin a esas mismas conclusiones; solo puedo afirmar que el bisabuelo era partidario de Demócrito, y se había reído a carcajadas cuando había llegado el sepulturero para anunciarle la hora de la despedida; que, en cambio, el abuelo se había inspirado en Heráclito y había vivido de tal manera que después de morir había parecido menos lunático que en vida; y que el padre se había despedido de este mundo recitando el rosario con serenidad. Sin embargo, ya desde hacía bastante tiempo, el devoto enfermo y el viejo pedagogo estaban criando malvas en el momento en que el barón Camillo, huérfano de padre y de madre desde los quince años, se había encerrado en la biblioteca familiar para volver a hacer lo mismo que sus antepasados.

«¡Estudiar el valor de los hombres y de las cosas! —pensaba el joven ermitaño, al ver cómo, desde las profundas estanterías, los escritores muertos fijaban en él sus miradas vítreas y descreídas—. ¡Convendría

tener entre las manos las almas y no los libros!... Sin embargo, también el anatomista busca en los cadáveres la ciencia de la vida, ¿y qué son, acaso, los libros, sino las reliquias de los espíritus?»

Despabiló el candil y, sin añadir más, se sumió en la lectura.

Solo cuando llegó a los veinticuatro años, interrumpió durante dos días aquellos estudios para desposarse, al estilo de sus mayores, con una doncella, recién destetada de las salesianas, quien a su vez contaba sesenta y cuatro cuartos abundantes de nobleza, y, gracias a la cual, esperaba legar a un hijo varón el distinguido favor que a él le había sido legado por sus dos padres, sus cuatro abuelos, sus ocho bisabuelos, etc. Mas esta distracción no duró mucho tiempo y, después del banquete nupcial, volvió a la biblioteca; y allí se quedó durante otros siete años, hasta que la amada mujer se murió de tedio y a él le tocó primero acompañarla a la iglesia y luego volver allí otra vez a la octava siguiente para presenciar la misa de conmemoración.

—¡Qué lástima! —murmuraba el filósofo—, ¡me llenó los armarios de calcetas y no fue capaz de ponerme un niño en la cuna!...

Sin embargo, la culpa de semejante negligencia pesaba más sobre el barón que sobre la baronesa; pero, respetuoso como era, incluso más que sus mismos antepasados, del sentido filosófico-moral

de su lema heráldico, se olvidaba con demasiada frecuencia de ciertas otras obligaciones. No obstante, la fúnebre interrupción no le impidió volver a ponerse manos a la obra con mayor vigor; y tanta prisa se dio para que nadie se burlara de él, como había ocurrido con los demás, que, el mismo día en que cumplía los cuarenta años, pudo levantarse del pupitre, abrir de par en par la ventana y decir:

—¡He terminado!

¡Pobre filósofo!... ¡Acababa de empezar y pensaba que había terminado de verdad!

Y, además, ¿cómo había terminado? ¡Convenciéndose a sí mismo de la fe más santa y más generosa que hubiese nunca santificado la cabeza de un barón! ¡Creyendo que la virtud en sí es suficiente como consuelo, como alimento, como premio a sí misma; que es el supremo honor, la suprema felicidad, la suprema gloria, el supremo bien que regula el valor de las cosas y de los hombres!...

Semejante opinión, lo confieso, la consiguió con poco esfuerzo y con solo veinticinco años de estudio y cautiverio; y no fue poca, a pesar de todo, la suerte del barón. Mas entonces se acordó de una tradición familiar que obligaba a cualquier primogénito, antes de abandonar el castillo de Nicastro, a leer los pergaminos de un armarito enclavado entre dos vigas en el techo. Cerró, pues, la ventana, apoyó una escalera de mano en la misteriosa alacena y

subió, parándose en cada peldaño, con el corazón que le brincaba en el pecho. Por fin, la llave oxidada giró con un chirrido en la bocallave, y el armarito lleno de polvo se abrió: por más que buscaba con la mano dentro de aquella oscuridad, no encontraba sino polvo; sin embargo, después de mucho hurgar, dos de sus dedos se adentraron, de repente, por un agujero para agarrar el extremo de un pergamino. Y en aquel momento, una niebla muy densa le ofuscó la vista y, al caer desde aquella altura, por poco no acabó como habían acabado todos los demás de su estirpe. Pero, finalmente, empujado por un ímpetu de curiosidad, recobró la fuerza y echó un vistazo a aquel trapo de piel que se le enredaba en los dedos.

—¡Esta es la gratitud de los ratones! —gruñó el barón bajando un peldaño—; yo los dejo vagar sin peligro de trampas por las despensas y por los graneros, y ellos se divierten royendo el tesoro más importante de mi casa.

Y bajó otro peldaño; pero, mientras se disponía a descender al tercero, el ojo casi involuntariamente se posó sobre el título de aquel extraño documento. Ya no se acordó ni de dónde estaba, no vio ni el suelo, ni el techo, ni la escalera; se sentó, sin darse cuenta, en aquel segundo peldaño y obligó a todos sus conocimientos de numismática, de hermenéutica y de paleografía a descifrar, en aquellos garabatos incoherentes y roídos que lo componían, el pleno

significado del manuscrito. Leyó muy expedito el título, que estaba menos estropeado que lo demás, y que decía más o menos esto:

*Documentos utilísimos para la ciencia de la humanidad que las almas de muchos ilustres antepasados me han transmitido a mí, barón Clodoveo de Nicastro (seguía una escritura más reciente y de mano diferente), muerto en el año de gracia de 1111 mientras se preparaba para investigar el valor de los hombres y de las cosas mediante el sistema aritmético de Pitágoras.*

—¡Caray!... —murmuró el barón—. ¡Aquí tengo un progenitor mío que se las sabía todas! ¡Si no se hubiera muerto justo en aquel momento, quién sabe cómo sería ahora Italia!...

Mientras decía esto, seguía examinando el texto, devanándose los sesos, rumiando sobre aquel infamísimo manuscrito del barón Clodoveo, quien, por estar en directa correspondencia con los espíritus, se había desinteresado de la caligrafía al considerarla un fútil adorno. Téngase en cuenta que esos comentarios estaban escritos en un latinajo bárbaro y realmente señorial, y que, si los traduzco, es para mayor comodidad de los jóvenes a los que se les enseña durante ocho años el latín, y que, sin embargo, no lo aprenden. Empezaban pues así:

*Documento I - Respuesta de Plotino a una interrogación mía sobre las cualidades del excelente número tres.*

*Querido barón...*

«¡Cáspita! —pensó el tataranieto, que estaba agazapado en la escalera leyendo las memorias del ancestro—. ¡A pesar de ser un egipcio, Plotino conocía las formalidades heráldicas!»

Luego, reanudó la lectura:

*Querido barón: Os contesto que el número tres es uno más uno, que forman otro uno, y que estos constituyen un tres; el que combina de tal manera la fuerza numérica que genera el ente generado a través de la obra generativa; pues uno, uno y uno...*

—¡Válgame Dios si alcanzo a descifrar una sola sílaba más! —musitó el barón—. ¡Aquí, un ratón iletrado tuvo el placer de almorzar con el más famoso pasaje de literatura sibilina que jamás nadie haya tenido ante los ojos! ¡Dichosas sean las trampas y quien las inventó!...

A pesar de ello, aguzó la vista y llegó a entender la última cláusula de la respuesta de Plotino, que justamente decía que respecto a lo que estaba escrito antes era una verdadera estupidez perder la cabeza.

—¡Gracias! —exclamó don Camillo—. ¡Gracias, querido Plotino! Sin embargo, no quiero creer que solo el número tres sea merecedor de ser estudiado, comentado y venerado... ¡Pasemos a otro asunto...!

Y leyó un gran número de dictámenes de Tales de Mileto, de Estratón, de Zaratustra, de Keops, de Confucio, de Visnú, de Pitágoras, de José el Patriarca, de Simón el Mago e, incluso, de Tubalcaín y de Nemrod, esos que vivieron antes del diluvio tocando, bailando y cazando, como nosotros ahora vivimos antes de la llegada del cometa. Todos ellos, ya nos entendemos, pasajes deteriorados, desordenados, llenos de abreviaciones y de garabatos; todos ellos asuntos misteriosos que giraban en torno a las virtudes de los números, a las relaciones entre sonidos, cielos y colores. El barón se aburría con todo aquel trabajo, cuando, como recompensa por su paciente investigación, tropezó con un principio de párrafo sobremanera maravilloso. En él estaba escrito:

*Documento LIII – Respuesta de la diosa Egeria a una pesquisa mía sobre el número fatal de los romanos.*

—¡Diantres! —gritó el filósofo sobresaltándose por la sorpresa, e hizo chirriar la escalera en la

que estaba sentado—. ¡Diantres! ¿Que mi amadísimo archiantepasado Clodoveo, en el año de gracia de 1111, fuese todavía pagano?

Mas a tranquilizarlo sobre este punto llegó en su ayuda una notita a pie de página del antiguo barón, que decía:

*La llamo «diosa» Egeria para embaucarla y conseguir que se muestre propicia a la hora de responderme. Además, yo sé con seguridad que ella está condenada como una bruja maldita, y aseguro a mis sucesores que ya me he confesado y estoy arrepentido por esta hipócrita adulación.*

—¡Bribón de antepasado! —masculló nuestro filósofo—. ¡Qué artes empleaba para escarner a los espíritus!... Mas sigamos leyendo, si se puede, lo que opina la diosa Egeria.

*Querido barón —¡la habitual cortesía!—: Contesto que el número dos, símbolo de contradicción sin complemento dialéctico, fue la representación antieurítmica del pensamiento romano. Rómulo y Remo, patricios y plebeyos, cónsul y cónsul, autoridad consular y tribunicia, equidad y derecho riguroso, libertad de pocos y servidumbre de muchos, Sila y Mario, César y Pompeyo, cristianismo y paganismo, Constantinopla y Roma, Rómulo Augústulo y Odo-*

*cro, son la encarnación de la cifra funesta. Uno y dos... Uno y dos...*

—¡Ja, ja! ¡Claro! Falta solo el tres del doctor Plotino —dijo riéndose el barón—. Me congratulo con la diosa Egeria, que sabe mucho de historia...

Y siguió con la lectura.

*Documento LIV – Respuesta de Milón de Crotona a una cuestión mía sobre el número de la sabiduría.*

*Querido barón: La sabiduría humana es la novena parte del uno indivisible, más un noveno de la novena parte, más otra novena parte de aquel noveno, más otro noveno de aquella novena parte, y así hasta la muerte de aquel que hace la cuenta, y hasta las últimas cuentas del género humano. Estudiad, hijos queridos, para añadir alguna otra novena porcioncita a otra pequeñísima novena parte, pero no penséis que llegaréis jamás a obtener un entero. Por ejemplo...*

—¡Oh, barbarie ratonesca! —rompió a gritar el barón, que le estaba tomando el gusto a la demostración infinitesimal de Milón de Crotona—. ¡Oh, barbarie inaudita...! ¡Hete aquí, cortada a mitad la más bella prueba aritmética de este mundo!... ¡Prometo que de ahora en adelante adornaré cada rincón de mi casa con bocados de arsénico! ¡Ay, qué ven mis ojos...!

Este último punto de exclamación se debió a la lectura de otro título que seguía después de la última parte del teorema de Milón, desfigurada tan miseramente por la barbarie de los ratones iletrados.

*Documento último – Respuesta de Marco Bruto a una duda mía sobre el número sustancial de la virtud.*

*Querido barón...*

—¡Oh, esta no me la creo!... —exclamó el noble erudito, poniéndose de pie en el segundo peldaño y golpeándose la nuca con el canto de una viga—. ¡Ay! ¡Ay! ¡No, esta no me la creo! —repitió, volviéndose a sentar—. ¡Un republicano de semejante calibre que deja escapar de la boca un título aristocrático!...

Sin embargo, siguió leyendo aquellas últimas líneas del pergamino que fluían bastante claras hasta el final.

*Querido barón: Al morir, yo dije que la virtud no era más que un nombre; y los nombres no tienen un valor sustancial, por eso la virtud es igual a la negación de la sustancia, pues ella es igual a cero.*

—¡Maldito mentiroso! —rugió el barón Camillo, mientras hacía pedazos el pergamino y se

precipitaba escaleras abajo corriendo el riesgo de romperse el cuello—. ¡Te gustaría que me la tragara! ¡Pero yo te conozco! ¡Eres un ateo, un energúmeno!... ¡Un loco! ¡Un asesino!... ¡Sí, un asesino!... Ya que el fin, ¡que lo sepas, mi querido astuto y ambicioso!... el fin no justifica en absoluto los medios, ¡y por ninguna razón del mundo tú podías ni debías matar a tu padre! ¡Vaya virtud la tuya!... ¡Exactamente igual a cero!

Y el barón recorría enfurecido y con largos pasos, casi como si quisiera medirlo, el suelo polvoriento de la biblioteca.

—¡Casio valía cien veces más que tú!... —proseguía—. Pero, en lo que tiene que ver contigo, ¡me apuesto la cabeza a que tú solo tenías como objetivo darte aires gracias a los despojos de los otros y nada más! ¡Nada más!, ¿me entiendes? ¡Filipos habría sido la Farsalia de Bruto en lugar de ser la de Augusto si hubieras ganado! ¡Pero yo te desmentiré! ¡Ay, la virtud es igual a cero! ¡Bufón! ¡Yo te enseñaré cuál es el precio de esta cosa divina! ¡Eh, Floriano...! ¡Floriano...!

Bruto no contestó nada a los insultos y a los desmentidos del señor de Nicastro; sin embargo, Floriano fue más complaciente y apareció dos minutos después en el umbral de la biblioteca. Ahora conviene saber ante todo quién era Floriano.